

## RUGENDAS, PINTOR ROMANTICO DE CHILE

POR TOMÁS LAGO, EDITORIAL UNIVERSITARIA

Conocer la visión de Chile que tuvieron los extranjeros que visitaron el país durante el siglo pasado despierta cada vez mayor interés. Prueba de ello son las constantes ediciones de los diarios o relaciones de Mary Graham, Laffond de Lucy, Max Radiguet, Poeping, E. Reuel Smith, Charles Darwin, etc. Quizá este interés se deba a que los extranjeros observaban nuestra tierra y nuestra vida como testigos desapasionados, a la vez que traían una dimensión cultural distinta y de acuerdo a ella interpretaban la realidad chilena en una forma que para nosotros resulta más novedosa, y quizá más profunda —por la misma diferencia de perspectiva— que la de nuestros propios compatriotas de la época.

Pocos visitantes de Chile en el siglo pasado tienen una personalidad más curiosa y fascinante que el pintor bávaro Mauricio Rugendas, que permaneció en el país durante el no despreciable tiempo de diez años (1833-1844). Rugendas reflejó la realidad chilena de la época en el espejo de su pintura, por medio de centenares de cuadros y dibujos, en los cuales fijó el cuerpo —y, por lo tanto, el espíritu— del Chile de los decenios. Gracias a Rugendas podemos tener ahora conciencia de cómo era el paisaje de la época, tarea que ningún chileno podía cumplir en ese tiempo.

Rugendas, espejo de Chile, necesitaba alguien que devolviera su imagen a nuestros días. Ha sido Tomás Lago quien resucita vida y obra del pintor, tras una labor de varios años de investigación, entregándonos su libro "Rugendas, pintor romántico de Chile", bellamente impreso en la Editorial Universitaria, y dotado de profusas reproducciones.

Tomás Lago nos guía sabiamente por la errática vida del pintor, y nos ilustra sobre su época, siempre a través de la visión o el testimonio escrito de Rugendas. Sagazmente nos hace ver que Rugendas tiene plena actualidad si queremos conocer lo que fuimos en el pasado. Esto se debe a que los tipos que él vio en Chile —el arriero, el lacho, el arribanc, por ejemplo, de su "Album de trajes chilenos" (1838)— eran tan remotos para él como lo son para nosotros. Otra relación con la actualidad es de que la visión que tenía Rugendas del paisaje es similar a la de nuestros grandes poetas, y sus dibujos podrían ilustrar con justeza poemas de Gabriela Mistral o Pedro Prado.

El libro de Tomás Lago nos hace simpatizar profundamente con Rugendas, quien se nos presenta como un espíritu romántico y liberal, como un artista y a la vez hombre de acción y de afán científico. No olvidemos que llegó por primera vez a América (Brasil) a instancias de Humboldt, para dibujar la flora tropical. En su extenso re-

corrido desde México al Cabo de Hornos hizo un verdadero trabajo de antropología cultural al tomar notas sobre el paisaje, y el modo de vida de una sociedad que nacía, sin que lo detuvieran ni el desierto, ni las pampas, ni el altiplano o la selva tropical. La estada de Rugendas en Chile, que dejara profunda huella en su vida, ocupa la mayor parte del libro de Tomás Lago. En su permanencia de casi diez años recorrió el país incansablemente, conociéndolo mejor que la mayor parte de los chilenos. Como buen romántico, amante del exotismo, se sintió atraído por los araucanos, y con su afán de precisión y escrupulosidad para retratar rasgos llegó a amistar y convivir con ellos, acorde esto también con el espíritu roussoniano de la época, cuyo amor por "el buen salvaje" llevó a gente como Simón Rodríguez y Lozier a radicarse entre los indígenas, para huir de "la corrompida civilización".

La sociedad chilena del tiempo de los decenios en la cual tocó vivir a Rugendas está descrita con pluma simpatizante por Tomás Lago a quien le bastan unos pocos trazos para envolvernos en la atmósfera de esos años, en los cuales "el alcaloide" del romanticismo empieza a conmovir a la conservadora metrópoli santiaguina.

Nos enteramos del desdén de ciertos círculos hacia el pintor, propio de una sociedad en la cual —según expresaba Domingo de Oro, amigo de Rugendas— "no se distinguía al artesano del artista" y se valoraba a la gente de acuerdo a sus caudales. Pero también conocemos a los desencantados y soñadores que supieron estimar a Rugendas; a esos amigos que piensan frecuentemente, a lo Werther, del suicidio, o sufren de un "mal de siècle" al estilo de Musset y asistimos, gracias a Tomás Lago, a los salones en donde ya se empieza a oír a Bellini y Donizetti y se comentaba a Chateaubriand, Victor Hugo, De Vigny.

Tomás Lago revela bellamente un episodio de la vida de Rugendas en Chile, que aún no había sido bien tratado: su amor por doña Carmen Arriagada de Gutike, mujer excepcional, "Georges Sand chilena" que se transforma en heroína del libro. Es admirable cómo en una época en la cual estaba la mujer tan limitada, ella intervenía activamente en la vida política, expresaba sin esbozo sus ideas volterianas y agnósticas, desdenaba a los "malos autores chilenos" (con razón, nos parece) y admiraba en cambio a Balzac. Su epistolario con Rugendas nos da la medida de su alta sensibilidad, que le permitía aún "oír el ruido que hacen las plantas al desarrollarse". Ello nos hace emparentarla con Keats, quien, también en una carta, dice que su mayor placer es ver crecer las flores y "que llega a oír ese crecimiento".

Los capítulos finales del libro están dedicados a mostrar el regreso de Rugendas a Europa, y cómo este peregrino de lo exótico, amante de los grandes espacios, es condenado a vivir en un mundo "ficticio, protocolar y caduco". Como pintor casi no es considerado por sus contemporáneos, y Tomás Lago explica este fracaso señalando que Rugendas no había tenido tiempo de acentuar ninguna teoría especulativa para fascinar a los intelectuales, además de que tuvo la poca fortuna de volver a Europa en un momento en que triunfaban los pintores de más hermosa caligrafía. Por lo demás, gran parte de su extensa obra estaba condenada al anonimato, porque los medios industriales de la época eran incapaces de darla a conocer.

Rugendas vuelve a radicarse en Agsburgo, su ciudad natal. La vida le es difícil, está

endeudado, no hay mercado para su pintura. Para salir de esta situación debe aceptar, a pesar suyo, pintar por encargo temas de estilo pomposo, al gusto de la época, como "La llegada de Colón a América", sugerido por Maximiliano II de Baviera. El pintor, inadaptado en su continente de origen, añora ese particular paraíso perdido, que todo artista suele añorar. Como Grecia lo era para Hoelderlin, América lo es para Rugendas. Se torna nostálgico y desengañado, envejece prematuramente. Al final de su vida conoce a quien luego sería su novia, una muchacha llamada María Sigl, su Bettina. Su muerte le llega antes de casarse. Muere en Wilheim, "aldea con atmósfera de porcelana, en donde vuelan las cigüeñas, y crecen los primeros abedules del norte". Como digno final para un romántico un poco "maldito", nadie sabe ahora en dónde se halla su tumba.

Al final del libro, Tomás Lago nos describe su peregrinación a Talca para encontrarse con el recuerdo de Rugendas y de Carmen Arriagada, que murió exclamando —románticamente, por supuesto— "la fortaleza"... Es un capítulo como una coda de música plácida y lejana, que nos recuerda algunas de las mejores páginas de Azorín sobre los pueblos. Tomás Lago con su "Rugendas, pintor romántico de Chile" confirma su prestigio adquirido desde que publicara "Vicuña Mackenna en California", "El huaso", etc. La seria documentación de su trabajo supera el género discutible de la biografía novelada, y su grata prosa hace unir ventajosamente al erudito con el poeta, que lo es —no lo olvidemos— el coautor de "Anillos".

Sin que pretendamos sacar una moraleja al fin de este comentario hecho sin pretensiones, queremos decir, finalmente, que este es uno de los pocos libros verdaderamente necesarios que suelen aparecer en nuestro país de tarde en tarde.

*Jorge Teulier*

## PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

En los talleres de la Editorial Universitaria ha sido impreso el Tomo XI, correspondiente a 1959, del Boletín de Filología, publicado por el Instituto de Filología, sección del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Facultad de Filosofía y Educación. En este número aparecen los siguientes estudios: Ramón Martínez-López, *Adiciones y rectificaciones al diccionario crítico-etimológico de Corominas*; Margherita Morreale, *El Libro de Tobias según los manuscritos escurialenses*; la última parte del trabajo de Wolfgang Schlipf, *Einige Bemerkungen zur Entwicklungsgeschichte des spanischen Wörterbuchs in Deutschland*; del Director del Boletín de Filología, Dr. Rodolfo Oroz, titula-

do *La lengua de Pedro de Valdivia*, en que analiza las cartas del Conquistador de Chile, examinando sus particularidades ortográficas, fonéticas y gramaticales, el vocabulario y el estilo; Hugo Gunckel, *Nombres indígenas relacionados con la flora chilena*, trabajo realizado con la colaboración de miembros del Instituto de Filología en lo relativo a la transcripción fonética de los nombres mapuches, aparato filológico y otras observaciones adicionales. Además de las secciones habituales de Notas y Reseñas bibliográficas, aparece el Índice de materias de los Tomos I a X del Boletín de Filología.

El Instituto de Economía de la Universidad de Chile ha publicado un estudio sobre *La tributación agrícola en Chile, 1940-1958*, subtítulo "Algunas implicaciones económicas del sistema tributario agrícola chileno".

*La Revista de la Escuela de Educadoras de Pár-*